

CONCURSO LITERARIO RICARDO MIRO

Sección : Teatro

" CUANDO SE ROMPE LA LUNA "

1967

Por: VULCANO

CUANDO SE ROMPE LA LUNA

(ESCENA I)

Acto Unico

Un hombre camina lentamente por una callejuela, con las manos en los bolsillos y la mirada baja. Hace frío. El viento golpea su rostro, haciéndolo encogerse ligeramente. En su mente, sus ideas presentes y pasadas se mezclan en un remolino de confusión.

Para lograr el efecto de que el público perciba los pensamientos que pasan por la mente del hombre, sugerimos la utilización de una voz ya grabada o de una persona que vaya narrando dicho pensamiento de acuerdo al libreto. Cuando se trate de pensamientos que recuerden las palabras de varios individuos, pueden utilizarse varias voces grabadas o pronunciadas tras bastidores.

Pensamiento -"La ingenuidad hace del hombre una isla remota de engañosa belleza, lo separa del resto del mundo y lo rodea de una licuosa fantasía, imposible de realizar. Su inocencia es un puñal invisible que pende de un hilo, para hundirse en la carne del alma con saña cruel, cuando menos se espera. Cuando uno cree aspirar a algo digno y altivo, resulta que ese algo se ha tornado corrupto e inasequible. ¡Oh, infierno del mundo! ¡Cómo te tragas a tus hijos más ilusos!"

(El hombre entra a una pequeña tienda, en cuya vidriera se exhiben algunas armas de fuego, adornos y demás chucherías. El

dependiente se acerca a él inmediatamente)

- Dependiente - (Con una amplia sonrisa) Buenas tardes, señor.
En qué puedo servirle?
- Roberto - Aquí venden armas de fuego, verdad?
- Dependiente - Sí, señor. Nuestro surtido no es muy variado,
pero tenemos algunos modelos que pueden interesarle. Qué tipo de arma quiere?
- Roberto - Una pistola pequeña, manuable y económica.
- Dependiente - Tengo exactamente lo que usted busca (Saca una pistola del mostrador) Mire. (Se la entrega a Roberto)
Examínela. No tenga cuidado, no está cargada.
(Mientras Roberto la inspecciona con curiosidad y detenimiento, piensa)
- Pensamiento - "Esta o cualquier otra servirá. El uso se reduce a lo mismo. Cualquiera me llevará hasta el final. Ojalá no sea cara. ~~Sino~~, tendré que quitársela a este hombre y salir corriendo. Total, un motivo más contra mí en los archivos de la policía. . .
¡qué más da!"
- Dependiente - Sólo cuesta veinticinco balboas.
- Roberto - No es caro. Pero busco algo más económico.
- Dependiente - Este modelo es pequeño, de buena calidad y económico.
Fabricada en España. Marca Astra. La dejó aquí un fugitivo de la justicia. Le dí treinta balboas y a usted

se la doy en veinticinco. Qué dice, señor?

Roberto - Pues... , no dudo del valor del arma. Pero es que...

Dependiente - Ah... sí, ya comprendo! Necesita balas, verdad?

Mire, le doy una caja de balas sin costo adicional.

Todo por veinticinco . Espléndida ganga, verdad?

Le parece?

Roberto - Sólo necesito unas cuantas salvas. No quiero balas.

Es para una broma, sabe.

Dependiente - ¡Ah... , comprendo, comprendo! ¡Una broma! (rie)

¡Qué ingenioso!

Roberto - Mire... , es que... , es que solamente me quedan

dieciocho balboas.

Dependiente - Bueno... , bueno... , voy a decirle lo que haré. Tra-

tándose de un caso especial, se la daré en ese precio.

Roberto - Gracias.

Dependiente - ¡Menuda broma!

Roberto - Seguramente que al amigo a quien le voy a jugar la

broma, no le va a gustar mucho. Quizás me dé tal

estropeada, que no me quedarán muchas ganas de

bromear más.

Dependiente - Esas bromas pueden resultar lamentables a veces.

Roberto - No hay problema. El sabrá comprender. Somos vie-

jos conocidos. ¡Amigos de toda la vida!

Dependiente - Sí, si, claro, por supuesto. Un momentito, por fa-

vor. Voy a envolverse.

- Roberto - No, no es necesario. Me la llevo así. (Extiende el dinero) No se olvide de las salvas, por favor.
- Dependiente - Está bien (Le da una cajita)
- Roberto - (Extrae varias salvas de la caja) No es necesario que me dé tantas. Guárdese las demás.
- Dependiente - Gracias, se las guardo para otra ocasión, para otras bromas.
- Roberto - (Guarda la pistola) Tiene teléfono?
- Dependiente - (Señala a un lado) Allá.
- Roberto - (Vacila, se dirige hacia el teléfono, pero vuelve sobre sus pasos) Perdone... , podría prestarme cinco centavos? Es que... , es que no tengo cambio...
- Dependiente - (Con una sonrisa amable, aunque un tanto pedante) Sí, claro, señor. (Le da una moneda) Tome.
- Roberto - (Alejándose hacia el teléfono) Muchas gracias.
- Dependiente - (Comenta para sí) ¡Qué hombre tan extraño! ¡Parece tan sereno y comedido... y al mismo tiempo parece tan perdido...!

(Mientras Roberto marca cada número, piensa)

- Pensamiento - "Ya falta poco por hacer. Ellos harán lo demás. Tengo que hacer que lo hagan. Yo sólo no puedo... Lo haré bien... para que ellos puedan hacer el resto mejor. Luego, nada importará. Todo habrá terminado".

Roberto - Aló? Es la policíá... ? Quiero reportar el paradero de un hombre. Se trata de Roberto Arjona... Sí, si, señor, Roberto Arjona, el que escapó de la prisión hace una semana... Se encuentra en el Hotel Mare Grande, número cincuenta y cinco, apartamento dos... Está solo y armado. Tengan cuidado con él... No importa quién habla... (Cuelga el teléfono y camina hacia la salida)

Dependiente - ¡Suerte con su broma! Vuelva otra vez.

(Roberto no responde, sólo piensa)

Pensamiento - "La suerte la va a necesitar mi amigo, mi mejor amigo."

(Roberto sale. La escena queda completamente a oscuras durante varios minutos.)

(ESCENA II)

(Un cuarto de hotelucho, iluminado por una lámpara sobre una mesita de noche. Hay una cama; casi en el centro, un sillón y a un lado, un gavetero. Al fondo está la puerta y al público da una ventana imaginaria. Roberto está tirado sobre la cama, la vista perdida en el cieloraso, meditabundo. Sobre la mesita, al lado de la lámpara hay un vaso de agua, una jarra y una pistola.)

Pensamiento - "¡Qué ironía! ¡Pensar que hace algunos años poseía mi propio hogar, rodeado de riquezas y comodidades. Era un acaudalado comerciante. Tenía en la sociedad, un alto puesto. Mi esposa e hijos se sentían orgullosos de mí y amigos me sobraban... o eso creí entonces, De pronto, como en una pesadilla, me hallé en una cárcel. Este cieloraso está infestado de telarañas. Parece que aquí no limpian nunca. Da la impresión de que los dueños de este hotel son... arañas... ¡Claro, a qué araña se le ocurriría pensar que un huésped le va a dar por acostarse como un idiota a mirar los frágiles e intrincados laberintos que ha tejido allá arriba...! ¡En mi hogar, solía mirar telarañas de cristal de murano; pendían del techo como cristalinas fantasías! Tendrán el mismo brillo todavía bajo el cuidado de sus nuevos dueños? ¡Qué pena que aquella mansión haya tenido que ser vendida para cancelar deudas! ¡Es increíble

cómo brotan las deudas a raudales, cuando el destino hace que uno caiga en desgracia!... ¡Será cierto lo dicho por un filósofo: que el hombre vive preso en sí mismo... , que lleva una celda a cuestas toda su vida?! ¡Pasan las horas, los días... y el tiempo tiene sabor a venganza divina...! ¡No será acaso éste el purgatorio o el infierno...! ¡No, no quiero pensar! Es necesario que mis ideas sean menos negativas, para poder soportar estos minutos lentos y amargos. "

(Roberto se incorpora y comienza a caminar de un lado al otro.

Sus pensamientos se han tornado ahora en palabras. Habla para sí.)

ROBERTO - ¡Qué será de aquel buen viejo! ¡Es curioso, pudo haber escapado conmigo, y no quiso! ¡Ahora creo comprender por qué! ¡Cuánto tardaba en llegar la madrugada! ¡Cómo han tardado en pasar todos estos años! ¡A veces uno está muriendo durante tanto tiempo, y casi no ^{se} percibe! ¡Sin embargo, otros mueren en un instante! (Roberto toma la pistola y la acaricia)

¡Así era la que usé aquella vez... , sólo que un poco más grande! ¡Todavía me parece sentir el calorcillo en la yema de los dedos! ¡Qué fácil es matar a un

hombre! ¡Se oprime el gatillo... y ya está! ¡Cae como un muñeco inútil! ¡Aquél viejo de la prisión, se llevó a tres! El no quiso hacerlo. Pero el caso mío era distinto. Yo tenía que hacerlo... (Pausa)

Por lo menos tenía con quien conversar en la cárcel. El sí era mi amigo. Cuando no se tiene nada que ganar como producto de una amistad y se tiene un amigo, entonces sí es amistad... (Roberto rememora)

(ESCENA III)

(Una cárcel pequeña. Dos prisioneros hablan. El mayor es un anciano; el otro tiene unos cuarenta años. Es de noche)

- Roberto - ¡Cuánto demora en llegar mañana!
- Anciano - Tantas ganas de salir tienes?
- Roberto - Ahora que está cerca el momento de ver a mi familia otra vez, el ambiente de este lugar me parece más asfixiante que nunca.
- Anciano - Cuántos hijos tienes?
- Roberto - Dos. Una hija, que ahora debe tener como unos veinticuatro años, y un hijo de unos diecinueve.
- Anciano - ¡Yo nunca tuve hijos!
- Roberto - ¡Qué lástima! ¡Tener hijos es una cosa muy bella!
- Anciano - Supongo que sí.
- Roberto - Hace siete años que no los veo. Deben estar grandes. Mi hijo debe haber entrado ya a la Universidad. ¡Quizá quiera ser un médico... o un ingeniero! ¡Tal vez un hombre de empresa!
- Anciano - Los extrañas mucho?
- Roberto - Mucho! Cuando me privaron de mi libertad, lo que más me desgarró el alma fue dejarlos solos y en una situación económica tan difícil...
- Anciano - Eran pobres?

- Roberto - Ante la sociedad eramos bastante ricos. Tenía una residencia de mi propiedad, un almacén. . . y muchas deudas.
- Anciano - Dejaste deudas por pagar?
- Roberto - Sí.
- Anciano - Por qué te condenaron?
- Roberto - Por matar a un hombre.
- Anciano - Tú no pareces capaz de matar a una mosca!
- Roberto - Lo que uno parece en circunstancias normales y lo que uno siente bajo la presión de un conflicto terrible, son dos cosas muy diferentes. A veces, un hombre es incapaz de controlar los demonios oscuros que yacen latentes en su ser, cuando éstos se rebelan súbitamente, nos quemamos las entrañas y nos ciegan los ojos.
- Anciano - Esos. . . demonios oscuros, como tú los llamas, te impulsaron a matar a un hombre?
- Roberto - Sí. Pero te juro que en aquella ocasión, esos demonios tenían razón al rebelarse. Lo que hice, era lo menos que un padre podía hacer.
- Anciano - Qué quieres decir?
- Roberto - Sabes por qué lo asesiné? ¡Porque era un perro! ¡No merecía la vida!

- Anciano - Qué te hizo?
- Roberto - A mí, personalmente, nada... , es decir, nada físico...
Pero a mi hija...
- Anciano - Tu hija?
- Roberto - Abusó de ella..
- Anciano - Quieres decir que...
- Roberto - La ultrajó. Sólo tenía diecisiete años.
- Anciano - ¡Qué canalla!
- Roberto - (Con despecho) ¡Era un perro!
- Anciano - Cómo sucedió?
- Roberto - Prefiero no hablar de eso.
- Anciano - Perdona.
- Roberto - (Camina de un lado al otro de la celda) Creía que era mi amigo. Una noche, yo había ido a visitar a un cliente que vivía en las afueras de la ciudad, por sugerencia de mi socio. Mi esposa y mi hijo estaban pasando el fin de semana con mi suegra. Mi hija había preferido quedarse en casa pues tenía que estudiar para varios exámenes. El cliente que había ido a visitar no estaba, así es que decidí regresar a casa. Cuando llegué, fui al cuarto de mi hija para darle las buenas noches, como hacía siempre. La encontré semi-desnuda, muy asustada, mirando hacia

la ventana abierta de su cuarto. Alcancé a ver a un hombre corriendo por la calle desierta. Nunca había visto a Ileana tan aterrada. Le pregunté que quién era ese hombre que corría. Ella, histérica, me dijo que un hombre había entrado a su cuarto cuando estaba durmiendo y la había violado. Entonces vi una cédula de identidad tirada en el suelo. Era de mi socio. En ese momento comprendí por qué mi socio me había hecho salir de la ciudad. Sin decir nada más, salí del cuarto de Ileana, loco de ira, busqué mi pistola y me dirigí a la casa de ese canalla, decidido a matarlo.

Anciano - Estaba ahí?

Roberto - Sí. Vivía cerca... Le vacié el arma. Quedó tendido boca arriba, con los ojos desmesuradamente abiertos, agujereado como un queso suizo... Recuerdo que cuando me vió entrar, me miró fríamente, fingiendo la mayor naturalidad, como si nada hubiese ocurrido. Dijo: "¡Ah, eres tú, Roberto! Creía que estabas con el señor Córdoba. Terminaste temprano... Pero pasa, pasa adelante y sientate." ¡No sé cómo hay gente que puede fingir tan elocuentemente! Parecía de lo más complacido por mi visita. ¡Y pensar que acababa de violar a mi hija! Vieras con qué sor-

presa me miró cuando extraje la pistola del bolsillo y disparé. ¡Una, dos, tres, cuatro... , innumerables veces oí dispararse el arma sin detenerse...!

- Anciano - ¡Caray! ¡Parece que no, pero tienes sangre fría!
- Roberto - Acaso no tuvo él hielo en las venas cuando perjudicó a mi hija inocente?
- Anciano - Sí, claro. Eso no tiene nombre. Quizá yo, como padre, hubiese reaccionado igual. Es una lástima que la muerte de tu socio haya empañado tu carrera y tu vida.
- Roberto - No me arrepiento. Pero es una verdadera tragedia.
- Anciano - Los griegos solían decir que una tragedia llama a otra. Primero, a tu hija le sucede eso; luego, tu matas a tu socio...
- Roberto - Y después ella lo niega todo en el juicio y me condenan a ocho años de cárcel.
- Anciano - Qué negó tu hija?
- Roberto - Que sucedió lo que sucedió esa noche. Todos creyeron que lo hice por algún asunto de negocios.
- Anciano - No la examinaron?
- Roberto - A Ileana? Por supuesto. Pero algún amigo de mi socio debió haber comprado al médico, porque este negó que la hubiesen tocado. Todos se confabularon contra

mi. . . , hasta mi propia hija. . .

- Anciano - Es muy extraño lo que me cuentas, amigo mío. Debe existir alguna razón oculta. Siempre hay una razón para que las cosas ocurran.
- Roberto - Quizá. . . , quizá. . . (Se pasea nerviosamente por la estancia. Habla con cierta inquietud en la voz) Pero es que no va a amanecer nunca? Los camiones deben estar por llegar. Dios quiera que se estacionen donde siempre lo hacen. La salida del túnel se encuentra justamente debajo del lugar donde suelen quedar hasta la tarde.
- Anciano - Cálmate. Estás muy nervioso. Qué tal si jugamos una partida de póker mientras te calmas.
- Roberto - Cuanto más tiempo pasa más me excito. . . Y sin embargo, pareciera que las horas demoraran a propósito, para burlarse de mi.
- Anciano - (Sacando un paquete de cartas del bolsillo de la camisa) Jugamos ?
- Roberto - Te has decidido ya ?
- Anciano - Decidido a qué ?
- Roberto - Vendrás conmigo ?
- Anciano - Me quedaré aquí.

- Roberto - ¡Pero eso es absurdo! Por qué?
- Anciano - No vale la pena a mi edad.
- Roberto - Todavía estás a tiempo para ser libre
- Anciano - No, no. . .
- Roberto - Siempre se está a tiempo.
- Anciano - Los años se han devorado mi libertad con gula. Tan-
ta hambre tenían, que hasta mis últimos ideales, mis
más íntimos anhelos de estar en libertad, se han co-
mido. Ya no me queda nada por desear allá afuera.
- Roberto - Te queda la vida.
- Anciano - No. La vida te queda a ti, que eres joven aún. A mí
no me queda nada ya. Cuánto tiempo más podría vi-
vir? Cinco? Diez años? Tal vez. Pero sin ideales
no vale la pena. Aquí estoy mejor. Me tratan bien;
como, duermo, excreto, vuelvo a comer, a dormir. . .
- Roberto - (Interrumpiéndole, perdiendo el control) - ¡Y a ex-
cretar, y a podrirte aquí, en este asfixiante lugar mal-
dito! ¡Esto no es vida, es. . . es. . .!
- Anciano - Sólo existencia?
- Roberto - Menos que sólo existencia.
- Anciano - Vamos, no exageres. Comprendo cómo te sientes.
También yo me sentí así hace mucho tiempo. Pero,
después de todo, se supone que esta es la forma de pa-
gar al mundo nuestros crímenes.

- Roberto - Desde cuándo estás aquí?
- Anciano - ¡Hace treinta años!
- Roberto - ¡Treinta años?! Cómo diablos has podido soportarlo?
- Anciano - A todo se adapta uno en la vida. (Señalando sus cabellos) Ves estas canas? Me salieron aquí. Día tras día, mes tras mes, año tras año.
- Roberto - Yo me hubiera vuelto loco. Nunca has tratado de escapar?
- Anciano - No.
- Roberto - Por qué?
- Anciano - Por falta de iniciativa, por miedo... ¡qué sé yo!
- Roberto - Pero... es que no comprendo cómo podías verte envejecer día a día sin hacer nada. Ni siquiera trataste?
- Anciano - Francamente, no.
- Roberto - Qué has hecho todos estos años? Meditar acerca del color de estas paredes?
- Anciano - Meditar, sí... Leer, leer mucho...
- Roberto - Te dan libros?
- Anciano - Después que uno está aquí cierto tiempo, si observan buena conducta, le permiten a uno ciertas comodidades.
- Roberto - Llamas comodidad a leer encerrado entre cuatro paredes? No te da claustrofobia?
- Anciano - Al principio. La verdad es que he tenido que hacerme una higiene mental progresiva para poder soportar la soledad. Aunque te confieso que todavía a veces...

- Roberto - Qué hiciste?
- Anciano - ¡Maté a tres personas!
- Roberto - ¡Tú?! El viejo sereno y buenazo que da consejos y emplea su tiempo en filosofía sobre la vida?
- Anciano - ¡Sí, mi querido amigo, yo! Tú mismo dices que las apariencias engañan. Cuando tenía más o menos tu edad, era muy ambicioso. Tan ambicioso que osé asaltar un banco en mi pueblo. Era un banco pequeño, pero con mucho dinero. Un día robé una ametralladora de una tienda de armas, y me encaminé al banco.
- Roberto - Actuaste solo?
- Anciano - Sí. Me creía autosuficiente para todo... , otro de mis grandes vicios. Alguien puso a funcionar la alarma. Salí corriendo. Tres policías me cerraron el paso. Te juro que no quería matar a nadie. El arma era sólo para asustarlos. Pero me asusté yo. No sé qué pasó. En la confusión les disparé sin darme cuenta. Los tres murieron instantáneamente. Luego otro me disparó. Ves este hueco? (Se alza la camisa y le enseña una cicatriz en la barriga) No es mi ombligo. Ese está aquí, más arriba. Esto es algo así como un sub-ombligo. Así lo he llamado siempre... ¡mi sub-ombligo! Sólo sirve para relevar a su vecino de

arriba, de sus indispensables funciones de no hacer nada.

- Roberto - ¡Es increíble cómo conservas tu sentido del humor!
- Anciano - El humor es necesario aquí... para no volverse loco...
- Roberto - En mi caso sería inevitable.
- Anciano - Sabes cuánto tiempo me dieron?
- Roberto - Por tres tipos? Pues...
- Anciano - Cadena Perpetua!
- Roberto - ¡Diablos!
- Anciano - Te asombras?
- Roberto - ¡Pues..., sí, claro! ¡Cadena perpetua debe ser el equivalente al infierno aquí en la tierra!
- Anciano - Más o menos. Sabes quién es Sartre?
- Roberto - Sartre? No. ¿Quién es?
- Anciano - ¡Como se nota que eras un comerciante!
- Roberto - ¿Quién es?
- Anciano - Un filósofo y escritor francés. Existencialista.
- Roberto - ¿Qué pasa con él?
- Anciano - El dice que "el infierno son los demás" No te da risa? ¡Los demás! ¿Qué demás? ¡El infierno es la soledad! ¡Esa terrible soledad que corroe el espíritu lentamente, con una calma infinita y desintegradora, que nos pulveriza por dentro y esparce los restos sobre el alma, co-

mo si fuera vinagre corriendo sobre llagas abiertas...!

Roberto - Mira viejo, déjate de hablarme en abstracto y explícame claramente lo que quieres decir.

Anciano - El infierno es no poder comunicarnos con los demás; ya sea porque no hay con quién... o porque no logramos atravesar los sentimientos de aquellos que nos rodean... o su indiferencia... Es cuando nos quedamos siempre en la superficie de la percepción... , como observadores incógnitos, sin poder ir más allá...

Roberto - Tu compañía ha sido una experiencia grata para mi. Has ayudado a romper la monotonía de mi confinamiento. Contigo sí he logrado una comunicación. Si tu teoría es cierta, viejo, y si mi compañía también ha sido amena para tu soledad, entonces hemos estado fuera del infierno... , ambos hemos eludido su efecto durante el tiempo que nos hemos conocido. No acabemos con esta singular amistad... , acompáñame...

Anciano - Estoy muy viejo. Solamente sería un estorbo para ti. La salida ya es difícil de por sí.

Roberto - Yo te ayudaré.

Anciano - No, Reserva tus energías para ti mismo. Las vas a necesitar. Mi destino es mi soledad. Tu amistad es sólo como unas buenas vacaciones para mí. Tú te de-

bes a tu familia. Debes vivir para ella. Es preciso que averigues la verdad, el por qué de la actitud de tu hija, la comprendas y la perdones.

Roberto - Por eso voy a huir.

Anciano - Yo, en cambio, no tengo familia. No existe un amigo que me ayude allá fuera.

Roberto - Y yo qué soy?

Anciano - Un amigo que se debe sólo a su familia.

Roberto - Si tanto temes a la soledad, hasta el punto de hacerla sinónimo del infierno, por qué diablos quieres quedarte

Anciano - Porque afuera estaría más solo!

Roberto - Más solo?

Anciano - ¡Mucho más solo!

Roberto - Entre la gente? En el mundo?

Anciano - ¡Es cuando más solo se está!

Roberto - ¡Estás loco!

Anciano - No lo dudes. El meditar excesivamente suele extrañar el sentido de las justas proporciones.

Roberto - Oye, viejo, tú has visto con el entusiasmo delirante conque he cavado el túnel. Me tomó muchos meses hacerlo. Ahora está listo al fin. Quiero compartir mi esfuerzo contigo. Si no lo haces por ti, hazlo por satisfacerme, entonces.

- Anciano - También yo te estimo. Cuando te pusieron en mi celda hace diez meses, me eras indiferente. Ahora también yo te estimo. Eres un buen tipo. Sólo que un poco caprichoso.
- Roberto - Sabes por qué me pusieron aquí? Porque ya me habían atrapado dos veces haciendo otros túneles. No les quedaban más celdas. Todavía están rellenándolos.
- Anciano - Quieres escapar de todos modos, verdad?
- Roberto - Sí. Sólo me falta un año para cumplir mi condena. Pero no soporto esperar más. ¡Tengo que lograrlo esta vez!
- Anciano - ¡Ah... la juventud nunca tiene paciencia! Tal vez serías más juicioso que esperaras hasta el final. Un año pasa rápidamente. Hasta ahora nunca te han descubierto "in fraganti" en el acto mismo de la fuga, sólo han encontrado los hoyos. Pero te aseguro que si te agarran esta vez, tu condena será alargada como castigo. Piénsalo bien.
- Roberto - No soy tan joven.
- Anciano - Lo eres, porque te quedan ilusiones.
- Roberto - Quizá... y es verdad... , mucha impaciencia también. Por eso no es justo lo que me pides ahora.

- Anciano - No te pido nada. Nada más te aconsejo. No quisiera verte sufrir una decepción después que has concebido tantas esperanzas.
- Roberto - (Alzando la voz) Y qué diablos quieres que haga? Que comience a tapar el tunel otra vez para que no se den cuenta? Que me acueste a dormir y olvide todo?
- Anciano - Baja la voz, baja la voz... Quieres que te oigan los guardias? (Ambos permanecen en silencio durante algunos momentos) Añoras mucho a los tuyos, verdad? Quisieras poder abrazarlos.
- Roberto - ¡Es lo que más anhelo...! Quiero poder ver a mi mujer y a mis hijos! No los he visto en siete años. Al principio me visitaban... o me escribían... Aún conservo las cartas de mi esposa y de mi hijo... Ya debe ser todo un hombre! Luisa, mi esposa, pensaba que ya no tendría más hijos... después del nacimiento de Ileana cinco años atrás. José Roberto fue una agradable sorpresa. ¡Cómo le compramos juguetes y golosinas...! Todo lo que podíamos darle, se lo dábamos. Era el único niño varón en el vecindario donde creció. A veces lo regañaba por jugar demasiado con las niñas del barrio. Cuando me percaté de que no tenía amiguitos con quienes jugar, de-

cidí mudarnos a otro lugar...

Anciano - Tu hijo se alegrará al verte. Eres un buen padre.
Háblame de tu hija.

Roberto - Ileana nunca vino a verme, ni me escribió...
Prefiero no hablar de ella.

Anciano - Desde que estás en mi celda no he visto a nadie venir a visitarte.

Roberto - Poco a poco mi esposa y mi hijo dejaron de venir por acá. Me siguieron escribiendo... bastante irregularmente... hasta hace un año. Desde el año pasado, cuando me mandaron una tarjeta de navidad, no he vuelto a saber nada de ellos (Emocionado, extrae una tarjeta arrugada del bolsillo de su pantalón y se la muestra al anciano) ¡Mira... mira, aquí la tengo...! ¡Fíjate qué linda tarjeta...! ¡No... no dice mucho, pero... (Lee) "Querido Roberto: Hace mucho frío este invierno. Nos hemos mudado a una casa más pequeña . Al fin cancelamos todas las deudas. Este año compramos un árbol de navidad plegable, que puede conservarse durante muchos años. Saludos: Luisa y José Roberto" Simpática , verdad?

Anciano - Me perdonas si te digo una cosa?

Roberto - Qué?

- Anciano - Le falta algo... Cierta emoción, cierto calor...
- Roberto - (Tratando de convencerse a sí mismo) Emoción... ?
Calor... ? Esta tarjeta tiene ambas cosas. Lo que
pasa es que hay que sentirla uno mismo..
- Anciano - Bueno... , si tú lo dices... ¡Allá tú!
- Roberto - Sí, es asunto mío.
- Anciano - Me imagino que tu esposa debe ser bonita.
- Roberto - ¡Muy bonita! Por lo menos, así la recuerdo. No creo
que haya cambiado mucho.
- Anciano - Dicen que la mujer se vuelve más interesante cuando
madura... , como las frutas...
- Roberto - Sí, eso dicen.
- Anciano - Yo nunca quise a una mujer... , pero siempre deseé
hacerlo... Es otra frustración que pesa con mis años...
- Roberto - ¡Es triste no haber amado!
- Anciano - ¡Más triste es haber anhelado vehementemente hacerlo...
en vano! Aunque, sin embargo, es peor saber con
certeza absoluta, que no hemos sido motivo de amor
por parte de nadie... , saber que jamás nadie nos ha
dedicado un pensamiento tierno, ni una caricia sincera...!
¡Sí, amigo mío, es terriblemente triste sentir en la
boca el sabor amargo de los labios ardientes... , que
nunca nos besaron con amor... , porque nunca existie-
ron...!

- Roberto - (Mirando hacia afuera) ¡Ya amanece! ¡Ha llegado la hora!
- Anciano - (Divagando) ¡Amanece...! ¡Y sin embargo, ya no amanece...! ¡Las horas permanecen oscuras como la noche...! ¡El sol está cansado..., muy cansado...! ¡No puede salir más...! ¡Tiene sueño..., mucho, mucho sueño...!
- Roberto - ¡Vamos, viejo, no hables idioteces! ¡Acompáñame!
- Anciano - ¡Ve tú! ¡Para mí es de noche todavía...!
- Roberto - (Mira al anciano con infinita compasión, comprendiendo) ¡Está bien, viejo! ¡Comprendo! ¡Adiós!
- Anciano - ¡Que Dios te bendiga y compense tu esfuerzo esta vez! ¡Buena suerte!
- Roberto - ¡Tiene que ayudarme! ¡Dios no puede estar del otro lado de esos barrotes todo el tiempo! ¡Esta vez lo lograré! ¡Estoy seguro! ¡Adiós, viejo!

(Se oscurece la escena por completo. El pensamiento de Roberto se escucha nuevamente, como flotando en el ambiente. Las ideas y los recuerdos penden del tiempo impreciso, resonando cual eco profundo durante varios minutos. Mientras esto ocurre, no hay movimientos en la escena, sólo una intensa e impenetrable oscuridad).

Pensamiento - "¡Pude escapar! ¡Qué delicioso es el aire que se

respira cuando uno vuelve a ser libre! ¡Pero ser libre no es ser feliz! ¡La felicidad es como la poesía: un estado de ánimo... , un constante querer ser... , un bello efluvio que siempre corre más de prisa que nosotros... ! Fue difícil llegar a la ciudad. Los caminos estaban vigilados, siempre llenos de policías. Parece ser que mi huída se descubrió antes de lo previsto. Tenía hambre, estaba cansado. Pero el anhelo de ver a mi familia aplacaba el hambre y vencía el cansancio. Solamente ellos contaban. Tardé varios días en saber de ellos. La radio había anunciado mi huida y fue necesario recurrir a toda clase de argucias para obtener información. Cuando al fin averigué su dirección, sentí que el corazón me latía muy a prisa, que la sangre se me congestionaba en el cerebro. Cuando estuve frente a la puerta, no pude evitar que una vena comenzara a latirme incontrolablemente en la frente, al mismo ritmo de mi alterado corazón. Al fin iba a ver a mi esposa, abrazarla, besar sus labios y rogarle que se marchara a otra parte conmigo, para comenzar una nueva vida... (El pensamiento se adentra en el pasado)

(ESCENA IV)

(Son las once y media de la noche. Una sala modesta en un apartamento pequeño. La puerta de calle está a un lado. Al fondo queda la puerta de la única habitación. Los muebles son corrientes. La sala está en penumbras. Hay un portal frente a la puerta de calle, débilmente alumbrado por un bombillo.

Un hombre sube lentamente las tres escaleras que llevan al portal y se detiene frente a la puerta. Se queda mirándola durante varios segundos. Es obvia su emoción. Su mano tiembla al tocar la puerta. Pasan algunos segundos más. Toca otra vez, con mayor fuerza y duración. Decepcionado al ver que no le abren, da media vuelta y empieza a bajar las escaleras. De pronto se enciende la sala. La puerta se abre y aparece una mujer, envuelta en una bata de casa.

Esta escena es vista lateralmente por el público. La mujer permanece dentro; el hombre, fuera. La puerta los separa)

Roberto - (Con voz temblorosa, profundamente emocionado)
¡Luisa...! ¡Luisa, mi amor... soy yo, Roberto...
tu esposo...!

Luisa - ¡Roberto! ¡Roberto...! Pero de veras eres tú?

Roberto - ¡Sí, Luisa, soy yo! ¡He vuelto a mi hogar! ¡He vuelto a ti!

Luisa - ¡Pero... , te creía preso! ¡Cómo... ?!

Roberto - ¡Escapé!

- Luisa - ¡Escapaste?!
- Roberto - No vas a hacerme pasar?
- Luisa - ¡Bueno... , es que...! ¡En realidad, no esperaba que...! ¡Sí, sí, claro, Roberto!
- Roberto - (Da un paso adelante y la abraza con fuerza) ¡Luisa, mi alma, qué alegría verte! ¡Qué felicidad tan grande poderte estrechar en mis brazos... después de tantos años! (Permanece así durante algunos momentos)
- Luisa - (Soltándose lentamente) Por qué lo hiciste?
- Roberto - (Entrando a la sala) Por qué hice qué?
- Luisa - Por qué escapaste? Creo que sólo te faltaba cumplir un año más, verdad?
- Roberto - Tenía que verte... y a José Roberto... y a Ileana...
- Luisa - ¡Has envejecido mucho! ¡Estás más delgado!
- Roberto - Eso... es todo lo que tienes que decirme... después de siete años?
- Luisa - No... , por supuesto que no... Perdóname..Es que aún no me he repuesto de la sorpresa... Estaba durmiendo... Pero siéntate, te ves muy cansado.
- Roberto - Lo estoy. No he comido desde hace dos días.
- Luisa - Te traeré algo de comer.
- Roberto - Espera. (Le toma la mano) ¡Te conservas muy hermosa, Luisa (La besa) Dónde están mis hijos?

- Luisa - Tus hijos... ?
- Roberto - Sí, José Roberto e Ileana. Dónde están? Ambos deben ser casi adultos ya. Me imagino que José Roberto estará en alguna fiesta o con alguna chica...
- Luisa - No te afeitabas en la prisión?
- Roberto - Qué?
- Luisa - Estás barbudo.
- Roberto - Sí, por supuesto. Llevo dos días caminando, escondiéndome, indagando por ustedes. Por qué no respondes mi pregunta? Acaso... acaso le ha ocurrido algo a alguno de ellos?
- Luisa - No, no es eso. Tranquilízate. Creo que están bien.
- Roberto - Crees? Dónde están?
- Luisa - No sé exactamente. Ya no viven aquí.
- Roberto - No viven aquí?! ¡Pero... eso es absurdo! Tus hijos no viven contigo?
- Luisa - Se fueron hace dos años.
- Roberto - ¡Se fueron?! Adónde? Por qué?
- Luisa - Bueno, Roberto..., es un poco difícil de explicar...
- Roberto - Qué ha sucedido aquí, Luisa? ¡No comprendo!
- Luisa - Tampoco yo comprendo. Ileana se marchó con un hombre. Dijo que iban a casarse.
- Roberto - Lo conocías?

- Luisa - No sé nada de él. No pude detenerla. Desde que fuiste a prisión, el carácter de Ileana se tornó rebelde e incontrolable.
- Roberto - Y mi hijo? Por qué se fue mi hijo, Luisa?
- Luisa - No estoy segura. José Roberto ha cambiado mucho. últimamente...
- Roberto - Cambiado? Qué quieres decir? Según parece, todos han cambiado durante mi ausencia. Explícate.
- Luisa - Es que no estaba a gusto en este ambiente. Tenía su propia esfera de amistades...
- Roberto - (Severo) Esa no es razón para abandonar su hogar..., a su madre... Tiene que haber otra razón. Yo le había encomendado una responsabilidad a mi hijo. Su deber era velar por la seguridad de su familia. ¡Cómo pudo marcharse así...!
- Luisa - Roberto...
- Roberto - Todavía es un muchacho. Sólo tiene dieciocho años...
- Luisa - Diecinueve.
- Roberto - Bueno, diecinueve. Esa no es edad para independizarse todavía y menos cuando tiene una madre que mantener... Era su deber quedarse contigo, protegerte...
- Luisa - Estoy trabajando ahora.

- Roberto - Te he dicho muchas veces que no quiero que trabajes.
El lugar de una esposa es. . .
- Luisa - (Interrumpiéndolo) Han pasado siete largos años.
Me hablas como si nada hubiese cambiado. Pareces
olvidar que he tenido que luchar sola todo este tiempo.
- Roberto - Han cambiado tanto las cosas, Luisa? No te ayuda-
ban tus hijos?
- Luisa - Solamente durante los primeros años. No olvides que
dejaste muchas deudas por cancelar. Crees que es fá-
cil ser la esposa de un. . .
- Roberto - Asesino? Eso es lo que ibas a decir, verdad?
- Luisa - La policía debe estar buscándote.
- Roberto - No soportaba estar más tiempo en esa celda. Me con-
sumía con las ganas de ver a mi esposa y a mis hijos. . .
Y ahora tú me dices que éstos se han marchado. . .
Por qué dejaste de visitarme, Luisa? Por qué no me
escribías ya?
- Luisa - He tenido muchos problemas. Creía que te hacía daño
saber de mí. . .
- Roberto - Cómo iba a hacerme daño saber de mis seres queridos. . . ,
las personas que más quiero en esta vida y por quienes
más he sufrido en mi condena. . . ? Tu excusa no es vá-
lida, Luisa. Dime la verdad.

- Luisa - No hay ninguna verdad que decirte, Roberto. Sencillamente pensé que...
- Roberto - Has dejado de amarme, verdad?
- Luisa - Mejor será que te marches, Roberto. La policía pensará primero en buscarte aquí. Es lógico.
- Roberto - No pareces muy contenta de verme.
- Luisa - Sí, sí estoy contenta de verte. Eres mi esposo, ¿no? No te he visto en años...
- Roberto - (Emocionado) ¡Ven... , abrázame, Luisa! ¡Déjame sentirte palpitar en mis brazos, para saber que es verdad que estoy libre al fin!
- Luisa - (Mira disimuladamente hacia la puerta del fondo mientras lo abraza) Prométeme que te irás ahora. No quiero que te encuentren aquí. Te mandarían a prisión otra vez. Quizá te aumentarían la pena. Mañana hablaremos en otro sitio.
- Roberto - ¿Dónde?
- Luisa - En... en el viejo zoológico donde nos conocimos
- Roberto - Nos iremos de esta ciudad.
- Luisa - Mañana lo discutiremos.
- Roberto - No queda otra alternativa. Aquí nos buscarían.
- Luisa - (Besándolo en la mejilla) Está bien, pero por ahora

búscate un buen lugar en donde pasar la noche.

Necesitas dinero. (Camina hasta un sillón cercano, donde yace una cartera. La abre, saca algunos billetes y regresa junto a Roberto) Toma.

Creo que con esto tendrás suficiente para comer y pasar la noche.

Roberto - Está bien. ¡Eres muy hermosa, Luisa! ¡Te quiero!

Luisa - Nos veremos a las ocho, junto al lago artificial.

Roberto - Quiero ver a mis hijos también. Es necesario para mi.

Luisa - Los buscaremos.

Roberto - Es que no se comunican contigo?

Luisa - No sé nada de Ileana. José Roberto me visita a veces.

Roberto - Está bien. Mañana hablaremos con más detalles acerca de ellos (La abraza y la besa)

(En ese momento se abre la puerta del fondo y aparece un hombre de unos veinticinco años, en pantalón de pijama y camiseta)

Antonio - (Señalando a Roberto) Quién es este tipo, Luisa?

Luisa - ¡Antonio!

Roberto - ¡Quién es ese hombre, Luisa?!

Luisa - (Contestándole a Roberto) ¡Un... un amigo...!

- Antonio - (Creyendo que Luisa le ha respondido a él)
Un amigo, dices? Qué hace aquí a esta hora?
(Alzando la voz) Por qué rayos te abrazaba?
- Roberto - ¡Amigo?! (Comprendiendo a pesar suyo) ¡Vestido así...?! ¡Saliendo de tu cuarto...?!
- Luisa - (Muy turbada, a Antonio) Por qué tuviste que... salir? Ya se iba.
- Antonio - ¡Porque me dió la gana! Esta es mi casa, no? Quién es éste?
- Luisa - ¡Es... es mi... esposo!
- Roberto - (Confundido, muy dolido) ¡Tu esposo...! Lo soy?
¡Nunca pude dudar de ti...! ¡Ni una sola vez en siete años dudé de tí, Luisa...!
- Antonio - ¡Usted es... Roberto Arjona...?! El hombre que asesinó a su socio y manchó falsamente la reputación de su hija, en un vano intento de salvarse? Qué hace aquí? ¡Usted debería estar en la cárcel!
- Roberto - (Divagando, sintiendo que el mundo de sus ilusiones se ha venido abajo cruelmente) ¡Sí... , qué hago aquí...?!
¡Me he equivocado de casa...! ¡Esta no es mi casa...!
He vuelto a cometer un terrible error...!
- Luisa - No, esta vez no te has equivocado, Roberto. Has visto la realidad por una vez en tu vida, frente a frente.

Tu peor error lo cometiste hace siete años, cuando mataste a tu socio... , cuando destruiste la fé y la confianza de tu familia...! ¡Este es mi amante!

Roberto - (Confuso aún) ¡Claro... , comprendo...! ¡Hace siete años...! ¡Tu amante...!

Luisa - Siento mucho que lo supieras así. Ahora vete, por favor.

Antonio - Sí, Arjona, váyase. No queremos líos con la policía.

Roberto - (Incapaz de reaccionar, con palabras entrecortadas) ¡Creía que...! ¡Siempre traté de creer que tú... , que nosotros...! ¡Me aferré a la esperanza de...!

Luisa - ¡Mi amor por ti murió cuando tú lo mataste...!

Roberto - A mi socio?

Luisa - No, a mi amor.

Roberto - ¡Pero... , yo no quise matar nuestro amor, Luisa...

Luisa - ¡Asesinaste a tu socio...! ¡Y no te conformaste con eso! ¡Quizá eso te lo hubiera podido perdonar, porque a pesar de todo, te quería entonces...! ¡Trataste de justificar tu crimen manchando el nombre de nuestra hija... , comprometiendo falsamente su honra...!

Roberto - ¡No... , no... , ella fue violada...! ¡Estoy seguro de eso, a pesar de que lo negó en el juicio...!

Luisa - Olvidas que un médico la examinó a solicitud del fiscal,

y echó por tierra tu intento de justificación con su diagnóstico.

Roberto - Pero es que... , yo siempre he creído que ese médico fue comprado por alguien para desbaratar la razón por la cual maté a mi socio.

Luisa - No quisiste aceptar nunca las palabras del médico y sobre todo... las de tu propia hija... porque preferiste mantener tu versión de los hechos para tratar de inspirarle lástima al jurado, para aminorar tu condena en base a razones humanitarias. No sé cómo pudiste ser tan bajo, tan ruin...

Roberto - Luisa, eso no es verdad... Te juro que...

Luisa - ¡Cómo puede un padre urdir una historia tan denigrante para el prestigio público de su hija... , sabiendo que todo es mentira, sabiendo el daño que harán sus palabras, sólo para salvarse él? Es que no pensaste en ella? No se te ocurrió pensar que ella lo negaría todo? O es que creíste que tu hija aceptaría ser una víctima para salvar a su pobre padre?

Roberto - Si Ileana no hubiese mentido, el examen médico no hubiese sido necesario, porque su palabra habría bastado para todos. ¡Pero mintió! ¡No sé por qué lo hizo, pero mintió. Dijo que no comprendía cómo

su padre había declarado que su socio la había violado
¡Mintió inexplicablemente! Y el médico que la exami-
nó también mintió. Se vendió a alguien que hasta el
día de hoy no sé quién es... , a alguien que quería hun-
dirme a toda costa... ¡y que lo logró!

Luisa - Ileana no tenía por qué mentir. Tampoco el médico.
No sé por qué insistes, después de todo este tiempo.
Casi pareciera que quieres convencerte de la realidad
que ese mito que tú mismo creaste para justificar tu
acción criminal.

Roberto - (Gritando) ¡Digo la verdad! ¡Yo maté a mi socio
porque él era un puerco! ¡El violó a mi hija! Yo no
tenía ninguna otra razón para hacer semejante cosa.
Siempre he sido un hombre tranquilo. Nunca me he
metido con nadie. Me llevaba perfectamente bien con
ese hombre. ¡Pero, a veces, cuando uno tiene plena
confianza en alguien y de pronto descubre que esa per-
sona es un canalla, los resortes internos de nuestra
desilusión saltan y revientan con odio, haciendo que
nuestra personalidad se distorsione de tal forma, que
ni uno mismo se conoce!

Luisa - No pudiste sostener esa teoría en el juicio. Dijiste
que Ileana te dijo que un hombre había entrado a su

cuarto por una ventana y la había atacado en la oscuridad. El fiscal te refutó diciéndote que si estaba oscuro, era casi imposible que ella reconociera al hombre... Y recuerda que Ileana conocía bien a tu socio, así es que si lo hubiera visto, lo hubiera reconocido. ¡Pero no lo reconoció porque no vió a tal hombre, pues nunca existió..., excepto en tu despiadada imaginación...!

Roberto - Encontré su cédula.

Luisa - Es inútil que menciones eso ahora. Ya te argumentaron que tú se la habías quitado al cadáver, después que lo asesinaste... y el jurado te mandó a prisión ^{esa} al aceptar/versión.

Roberto - (Apesadumbrado) ¡Sí..., y mi hija le dió fuerza a aquellos argumentos cuando negó que yo encontrara la cédula de mi socio en su cuarto, al pie de su cama..., como había negado todo lo demás...! ¡Es terrible saber que uno dice la verdad y sentir que uno se hunde bajo el peso de una irrefutable mentira! ¡Por alguna extraña razón Ileana mintió...! ¡Una razón que sólo ella conoce y que es preciso que yo averigüe, para poder estar en paz con mi conciencia el resto de mi vida.

- Antonio - (Disgustado, impaciente) ¡Ya está bueno de discusiones estúpidas! ¡Qué se ha creído usted! ¡No tiene ningún derecho de estar aquí! ¡Su juicio ya fue resuelto hace siete años, señor Arjona!
- Roberto - ¡Tengo el derecho que me da mi condición de esposo de Luisa...! (Comprendiendo que en la práctica su situación es insostenible) ¡Es decir, tengo ese derecho... pero ya no puedo ejercerlo... ni me interesa ya...!
- Antonio - ¡Exactamente! Haga el favor de marcharse ahora mismo, si no quiere que llame a la policía.
- Roberto - (A Luisa) ¿Dónde está Ileana?
- Luisa - Nadie sabe dónde está. Cuando Antonio y yo nos enamoramos, ella decidió irse sin avisar.
- Roberto - La encontraré.
- Luisa - No te aconsejo un enfrentamiento con Ileana. Creo que ella siempre resintió que la inculparas. Siempre tendrá eso contra tí.
- Antonio - Y ahora váyase. He escuchado pacientemente esta conversación, porque sé que Luisa también necesitaba desahogarse.
- Luisa - Sí. Es mejor que te vayas ahora, Roberto. ¡Y que Dios te perdone!

- Roberto - ¡Que nos perdone a todos! ¡ A tí, por profanar mi hogar! ¡ A Ileana, por no decir la verdad! ¡ Yo maté por defender su honra, una honra que ella juró no haber perdido...! ¡ Permitió que el mundo me juzgara como a un vil asesino y como a un padre sin escrúpulos! ¡ Y que Dios me perdone a mi por mi crimen... y por no poderte perdonar a ti por tu inmoralidad como esposa!
- Luisa - ¡ Y a mi qué me importa que no me perdones!
¡ Quién eres tú para perdonar?! ¡ Un asesino amargado! Además, no creo estar sujeta siquiera a la posibilidad de un perdón, pues en mi corazón no he pecado. Mi esposo legítimo es un criminal, un hombre condenado; el hombre a quien amo ahora está libre. Tu culpabilidad y mi nuevo amor, me dan derecho a recuperar mi libertad.
- Roberto - No voy a discutir contigo. ¡ Siempre conservé la ilusión de volverte a ver! ¡ Ya te he visto! ¡ Todavía me quedan buenas razones para haber escapado: buscar la comprensión y el perdón de mis hijos... y tal vez, con un poco de suerte, su amor nuevamente!
- Antonio - Mi paciencia se agota. Si no se va ya, llamo a la policía. Adios, señor Arjona.

- Roberto - (Sin prestarle ninguna atención a Antonio, como si no estuviera ahí, le habla a Luisa) Dime dónde encontrar a José Roberto.
- Luisa - Tu hijo ha cambiado mucho. Dudo que quiera que lo veas.
- Roberto - Necesito volver a verlo. Dime dónde está.
- Luisa - No te conviene encontrarlo.
- Roberto - ¡Pero... , por qué?!
- Luisa - Porque ahora él lleva una vida que no desea compartir con su familia. Tiene ideas un poco extrañas, que lo hacen ser muy... especial.
- Roberto - ¡No comprendo por qué no me conviene a mí encontrarlo! Le ha sucedido algún grave accidente? Tiene alguna enfermedad contagiosa?
- Luisa - No, no es eso. Pero te haría daño.
- Roberto - Piensa que en esta etapa de mi vida, quizá yo necesite hacerme daño.
- Luisa - Está bien. (Va hacia la mesa. Toma un lápiz y un papel. Escribe una dirección. Regresa) Búscalos aquí (Le entrega el papel)
- Roberto - Gracias. (Camina hacia la puerta de calle)
- Antonio - Procure no regresar nunca más por aquí. Si lo hace, lo entregaré a la policía. Ellos estarán muy intere-

sados en saber de usted.

Roberto - No vendré más. Pero... por favor..., no les avise para adonde voy. Es el único favor que le pido. Permítame tratar de tener una última excusa válida ante mí mismo, para haber escapado..., para seguir viviendo... ¡Cuando encuentre a mis hijos..., sabré si vale la pena ser un condenado...!

Antonio - ¡Un condenado?! Ahora mismo usted está libre.

Roberto - Pero en mi interior sigo siendo un condenado.

Luisa - No diremos nada. Y ahora... vete, Roberto. (Roberto sale. La escena se oscurece por completo).

(El pensamiento de Roberto continua escrutando el pasado, vibra en las tinieblas como un eco atormentado que busca una salida en un túnel largo y profundo)

Pensamiento - "Luisa ha muerto para mí. La realidad terrible de su realidad, me ha impuesto su muerte en forma total. Cuando me condenaron, la vida lejos de mi esposa y de mis hijos parecía una mancha imprecisa, sin contornos definidos. Recuerdo que poco a poco la desesperación fue tomando características alarmantes y la posibilidad de escapar dejó de ser una obsesión para tornarse en un arduo y continuo trabajo... ¡Ahora que he logrado mi deseo, aquella mancha se ha diluído para desaparecer por completo! ¡No

queda nada por delante. . . ! ¡Ni siquiera el consue-
lo que suele brindar la ilusión de una ilusión. . . !
Quisiera tener el valor de acabar con mi mano mi
vida. Pero qué me espera en el más allá. . . ? Será
todo silencio y oscuridad eternos? ¡Quizá mi espi-
ritu vague para siempre en el eter. . . o vaya a for-
mar parte de alguna sombra, para así ver y sentir,
sin poder hablar a las gentes que pasan, sin poder
ser escuchado jamás, un fantasma que vaga ignora-
do. . . ! ¡No quisiera poseer la facultad sobrehumana
de poder captar la podredumbre de los hombres. . . !
¡No quisiera percibir su maldad desde la sempiterna
vigilia de lo ignoto. . . ! ¡Si pudiera esfumarme en el
vacío total, hacerme parte de la nada y desaparecer
sin dejar rastros de mi existencia anterior, sin lle-
varme conmigo mis recuerdos, mis terribles recuer-
dos. . . ! ¡Los recuerdos son castigos que persiguen
al hombre y lo atormentan para volverlo loco! Por
eso todos estamos un poco locos. . . , porque tenemos
recuerdos que combatir. Si en vez de esperar que
ellos vengan y me exterminen, lo hiciese yo mismo
con la pistola que está sobre la mesa de noche, todos
dirían: "¡Pobre diablo! ¡Se mató como podía esperar-
se del desgraciado que era! ¡Su familia lo engañó has-

ta el final! ¡Su hija mintió para destruirlo, su esposa le era infiel y su hijo...! ¡Oh, Dios mío! ¡Qué castigo más cruel para un padre...!

(Roberto recuerda)

(ESCENA V)

(Una cantina colmada de parroquianos, en un barrio bajo.

Hay mucho humo. Todas las mesas están ocupadas. Es obvio que hay toda clase de personas ahí, los tipos humanos más característicos de un ambiente de bohemia.

Cerca del proscenio se destaca una mesa, donde bebe Roberto. Hay dos sillas vacías. Desde el fondo se acerca un muchacho joven de larga melena y facciones finas. Usa un pantalón muy apretado y un "sweater" de mangas largas. Sus uñas son largas y bien acicaladas. Trae un vaso con whisky. Su voz es suave y ligeramente alterable)

- José - Buenas...
- Roberto - Buenas noches.
- José - Me permite tomar asiento aquí? El lugar está de bote en bote y no encuentro dónde sentarme.
- Roberto - Sí, tome asiento.
- José - Gracias, es muy amable. (Roberto permanece pensando lejos, cavilando) Parece estar preocupado... o tal vez se siente... solo...
- Roberto - Eh...? Cómo dice...?
- José - Le pregunto si se siente solo.
- Roberto - Sí, tal vez.
- José - Todos nos sentimos solos de cuando en cuando en la vida.

- Roberto - Tiene razón.
- José - Se me acabó el trago. Desea tomar otro? (Señalando el vaso vacío de Roberto) A usted también se le terminó.
- Roberto - Bueno...
- José - Yo invito.
- Roberto - Es que no quisiera...
- José - Insisto. Qué toma?
- Roberto - Está bien. Gracias. Un whisky seco.
- José - ¡Qué casualidad! ¡Tenemos los mismos gustos!
(Dirigiéndose a un mesero que está cerca) Mesero.
- Mesero - Diga.
- José - Traíganos dos whiskeys secos.
- Mesero - Enseguida. (Se aleja)
- José - Nunca lo había visto por aquí antes.
- Roberto - Es la primera vez que vengo.
- José - Yo vengo muy a menudo (Le ofrece cigarrillos) Fuma?
- Roberto - Sí, gracias. (Toma un cigarrillo. José se lo prende)
¡Qué ambiente más pesado! ¡Oh, perdone! No lo decía por usted. ¡Es que hay tanta gente, tanto humo!
- José - Aquí viene toda clase de gente.
- Roberto - ¡Se siente una extraña mezcla de bohemia y tabaco!
- José - Es cierto. Como notará, hay marineros, prostitutas, vagos, gigolos, lesbianas, morfinómanos, homosexuales...

- Roberto - (Interrumpiéndolo) Sí, ya lo he observado. ¡Toda la escala de la infra-sociedad! ¡La sub-élite!
- José - Sencillamente somos distintos tipos humanos.
- Roberto - Se incluye?
- José - Usted cree?
- Roberto - Bueno... usted usa su cabello largo y yo tengo barba y estoy un poco desaseado ahora mismo... En realidad, eso no quiere decir nada. (José permanece callado) Son distintos tipos humanos no muy comunes en la vida diaria, diría yo.
- José - Más comunes de lo que generalmente cree la gente.
- Roberto - Usted parece saber mucho acerca de ellos...
- José - Frecuento mucho estos sitios. Soy pintor.
- Roberto - Pintor?
- José - Sí.
- Roberto - Pero qué buscaría un pintor en un lugar como éste? No me vaya a decir que... inspiración.
- José - Pues, viera que sí. Aquí se reflejan vívidamente todas las pasiones, como los colores en un lienzo.
- Roberto - ¡Es curioso!
- José - ¡Más bien es interesante!
- Roberto - Se siente... motivado?

- José - A veces. Todo depende de mi estado de animo... y de como me afecten las impresiones recibidas desde el exterior. Y dígame, si no es mucha indiscreción de mi parte, qué hace usted en un lugar como este? (El mesero se acerca, coloca los vasos sobre la mesa. José le paga. El mesero se aleja)
- Roberto - No estoy muy seguro... Es decir, busco a alguien.
- José - Busca a alguien? A una... mujer?
- Roberto - No, a un hombre.
- José - (Interesándose) ¡Busca a un hombre! Qué clase?
- Roberto - ¡Cómo que qué clase?! Cuántas clases de hombre hay?
- José - Pues... hay varias clases.
- Roberto - Yo busco a un hombre joven/^aquien conocí hace muchos años y a quien no estoy seguro si podré reconocer ahora.
- José - ¡Qué misterioso suena todo! Pero creo que comprendo lo que trata de decirme. Quizá pueda ayudarle. Conozco a muchos...
(Se acerca una mujer)
- Carolina - Hola, guapos. Veo que tienen un puesto vacío. Puedo sentarme? (Antes de que respondan) Gracias. (Se sienta)
Mi nombre es Carolina. Los estaba observando desde

hace algunos minutos y me dije: "Lina - así me llamaba mi primer novio, sabe - Lina, fíjate qué guapos se ven aquellos dos caballeros, el de la barba por interesante, y el de la melena por joven. Parecen "beatnicks", esos de las películas europeas de ahora. Por qué no te acercas a ellos y te interesas por su compañía, o haces que alguno de ellos se interese en la tuya..." Y sin pensarlo más, me encaminé hacia acá y aquí estoy.

- José - Lo siento, pero esa silla está ocupada.
- Roberto - (Extrañado) ¡Pero... no, no está ocupada!
- José - Olvida que está esperando a su amigo?
- Roberto - No sé si la persona que espero vendrá. Ella puede quedarse aquí si quiere.
- Carlina - Si me compran un trago les prometo divertirlos. Y
les
luego/presentaré a otra amiga para que estemos completos (Acariciando a Roberto) Te parece, cariño?
- Roberto - Pues... , no veo por qué no. Tengo casi dos horas de estar aquí y no he visto a nadie que se parezca a ...
- José - Usted dijo que estaba solo.
- Roberto - Lo estaba. Y eso que tiene qué ver? Ahora estoy acompañado. Están tú y esta joven (Bebe. Habla a la mujer) Cómo te llamas?

- Carolina - Carolina. Puedes llamarme Lina si prefieres. Todos me llaman Lina.
- José - (A Roberto) No ve que esta mujer sólo quiere quitarle dinero?
- Roberto - Y para qué diablos sirve el dinero?
- Carolina - Para gastarlo bien. Invierte en acciones -solía decir mi padre siempre. Te aseguro muchas "acciones", si inviertes en mí, cariño. (Roberto pone un brazo sobre sus hombros) Oye, muchacho, por qué no me buscas un trago, mientras converso con tu amigo.
- José - ¡Oiga, qué se ha creído!
- Carolina - No te pongas bravo, hijo. Si quieres..., tú y yo podemos ir a mi cuarto un rato primero. Te aseguro que te agradarán mis instintos maternos. (A Roberto) Tú nos esperas aquí, verdad amor?
- Roberto - Pues..., sí, claro que sí. Anda, muchacho, ella te hará sentir bien.
- Carolina - (A Roberto) Si quieres te presento a una amiga para que te haga compañía...
- José - (Con voz temblorosa) Pero..., pero yo no he dicho que voy con usted!
- Carolina - Oye, muchacho, qué te pasa?
- José - A mí, nada... Es que... es que mi amigo y yo estábamos conversando... y no queremos compañía...

- Roberto - Espera un momento, jovencito. . Yo a ti te acabo de conocer. Ni siquiera sé quién eres. . .
- José - (Con un tono de voz ligeramente más femenino) ¡Ay, verdad! Se me olvidaba presentarme. Pero primero dígame a esta fresca que se vaya.
- Carolina - (Hace un gesto de indiferencia, se levanta) ¡Vaya partida! ¡Y pensar que con toda mi experiencia me he equivocado! ¡Es la primera y última vez que me pasa!
- Roberto - Pero. . . , pero oiga, Lina, le aseguro que. . .
- Carolina - ¡Quédense solos los dos! ¡Yo me largo!
- José - ¡Fresca, atrevida, váyase inmediatamente (Carolina se aleja) Esas mujeres me sulfuran. No poseen ni un ápice de decencia.
- Roberto - ¡Entonces. . . entonces tú eres un. . .
- José - (Tratando de disimular, adoptando un tono de voz y una postura más masculina nuevamente) No, no vaya a creer que yo. . . (Finge una risa) De ninguna manera. Yo soy muy hombre. Lo que pasa es que hace poco una de esas mujeres me. . .
- Roberto - ¡Comprendo! Y ahora tiene miedo de que le vuelva a pasar, verdad?
- José - Sí.

- Roberto - Hay que cuidarse de esas cosas. Se pescan con mucha facilidad en estos lugares. Por un momento pensé que eras...
- José - Yo? No, no, incapaz. Soy un pintor imparcial en estas cosas. Fíjese que una vez estuve con tres de esas a la vez.
- Roberto - ¡Con tres?!
- José - Sí, ¡Fue algo tremendo!
- Roberto - ¡Me lo imagino!
- José - Pedimos otro trago?
- Roberto - Muy bien. Pero esta vez pago yo. (Busca al mesero con la vista) Mesero. (Llega el mesero) Dos whiskys más. (El mesero se aleja)
- José - A estas mujeres hay que tenerles miedo.
- Roberto - Si usted lo dice...
- José - Son terribles. Les hacen gastar todo su dinero a los pobres marineros que pasan por aquí.
- Roberto - (Mira a todas partes, buscando a alguien) Parece que no ha venido esta noche. Aunque la verdad es que este lugar está tan lleno...
- José - Quién no ha venido?
- Roberto - La persona que busco. Es un muchacho. Posiblemente tenga más o menos su edad. Tal vez lo vea y no lo reconozca.

- José - Un asunto de negocios... o es algo... personal?
- Roberto - Personal.
- José - Personal? (Breve pausa. José mira a Roberto en una forma extraña) ¡Comprendo! Es guapo?
- Roberto - ¡Guapo?! ¡Qué diablos importa eso!
- José - Para muchos resulta de gran importancia... Envanece el ego...
- Roberto - ¡Te juro que no entiendo una palabra de lo que dices! (Vuelve a buscar con la vista) Sólo sé que dicen que ha cambiado mucho. No estoy seguro de cómo lucirá ahora. La última vez que lo vi era un niño.
- José - Un ... amigo?
- Roberto - (Distraídamente) Eh... , sí.
- José - (Su voz vuelve a tomar un tonito delicado) ¡Mire que me voy a poner celo...
- Roberto - (Disgustado) Esta vez no cabe la menor duda. Eres uno... (hace un gesto con la mano) de esos...
- José - No me catalogue. ¡Soy distinto!
- Roberto - (Furioso) ¡Todos son iguales! ¡Una partida de...!
- José - ¡No se exalte, no se exalte! (Coloca su mano sobre la de Roberto, por encima de la mesa) ¡Sólo quiero ser su amigo!
- Roberto - (Poniéndose de pie rápidamente) ¡No me toques, marica asqueroso!

- José - Oiga, yo... (Hace un gesto para poner una mano sobre el hombro de Roberto, pero éste lo esquiva)
- Roberto - (Dándole un puñetazo) ¡Te dije que no me tocaras!
(José cae al suelo. Un grupo de personas los rodean. Casi en seguida José se levanta y sale corriendo por un lado de la cantina. La gente vuelve poco a poco a sus puestos, comentando, creando un murmullo ronco e inaudible. Roberto se sienta otra vez. Se acerca el mesero)
- Mesero - Qué sucedió?
- Roberto - Tuve que golpear a ese marica.
- Mesero - Creía que usted lo sabía.
- Roberto - No estaba seguro. No quería parecer grosero. Lucía tan joven e inofensivo... ¿Quién es?
- Mesero - Se llama José Roberto.
- Roberto - ¡José Roberto?!
- Mesero - Sí, José Roberto Arjona.
- Roberto - (Roberto da un salto, asombrado, incrédulo) ¡Qué?!
- Mesero - Lo sé porque a veces firma por los tragos. Viene a menudo.
- Roberto - ¡Repita ese nombre!
- Mesero - José Roberto Arjona. Por qué se asusta así? Le es familiar ese nombre?
- Roberto - Por dónde se fué?

Mesero - (Señalando la salida) Por allí. (Roberto sale apresuradamente, abriéndose paso entre los parroquianos que estorban su salida. El mesero permanece de pie, perplejo. Se oscurece la escena por completo)

(ESCENA VI)

(Un callejón semi-oscuro, visto de perfil. Hay algunos latones de basura y un farol desvencijado. Un hombre camina lentamente, con las manos en los bolsillos, desde el plano izquierdo del callejón, hacia el derecho. Cuando está llegando al extremo derecho, otro hombre aparece en el extremo izquierdo y se detiene al ver de espaldas al primero.

Roberto - (Pega un grito) ¡José Roberto! (José se detiene. Roberto se le acerca más) ¡José Roberto, mírame!
(José se voltea lentamente al reconocer el tono imperativo de aquella voz que pronuncia su nombre con firmeza. Queda en silencio, con los ojos muy abiertos)

No sabes quién soy?

José - ¡No, no, no puede ser! ¡Esa voz... pareciera venirme desde muy lejos..., desde mi niñez .

Roberto - (Con voz fuerte, autoritaria) Hace un rato oíste mi voz también.

José - ¡Esos ojos...! ¡No, no es posible que usted sea...!

Roberto - ¡Tu padre!

José - Mi padre está preso.

Roberto - Estaba. Escapé. (José baja la vista) No mires al suelo. (Con fuerza) ¡Mírame!

José - ¡Papá... yo...!

- Roberto - Soy tu padre. Escapé para regresar a mi familia, a mis hijos. Llevaba horas buscando a mi hijo predilecto... , al benjamín de mis ilusiones...
- José - ¡Papá... , no sabía que tú... !
- Roberto - (Con voz entrecortada) ¡Y lo tenía enfrente, hablé con él... , me tocó... le pegué... y no sabía que era mi hijo...
- José - Si hubiera sabido que...
- Roberto - ¡No lo reconocí... porque no se parecía en nada al hijo que yo adoraba... !
- José - (Comienza a llorar, como un niño) ¡Perdóname!
No soy el mismo chiquillo risueño que dejaste.
- Roberto - (Como si hablara con otro, casi divagando) ¡El extraño que me miraba de un modo peculiar, el que no podía evitar que se le escaparan ligeros quiebres en el tono de su voz... , el que tenía el cabello largo y encrespado y las uñas largas y acicaladas... era mi hijo... !
- José - (Llorando aún) Es que he cambiado mucho.
- Roberto - (Con tristeza) ¡Ya lo veo! Cuando eras pequeño... , solías jugar con las niñas del barrio. Creía que eso te daría una agresividad viril por ser el único varón.

Un día, cuando te encontré jugando con muñecas, decidí cambiar de residencia, buscarte nuevas compañías. . . Quería que fueras un hombre, un hombre del cual yo pudiera enorgullecerme algún día. . . ¡Ahora sé que entonces ya era muy tarde. . .!

José - ¡Papá. . . , no sufras más. . . no vale la pena! Esta vida no es tan mala como parece. La policía debe estarte buscando. Déjame ayudarme. . . , déjame tratar de ayudarte por una vez en la vida, papá (Le tiende la mano, pero Roberto la evade)

Roberto - No me toques, José Roberto. Toda la vida anhelé volver a abrazarte y decirte cómo he sufrido y cómo me he preocupado por tus estudios, por tu futuro. Creo que es lo que más anhelé cuando estaba preso. Y ahora que te tengo delante, al alcance de mi mano y de mi corazón. . . , me repugna tocarte. . . , se me encoge el alma al ver en qué te has convertido. . .

José - ¡Papá, no me hables así! ¡Soy tu hijo!

Roberto - No tengo hijo.

José - Sí, si, yo soy. Déjame ayudarte. No te reconocí porque estás muy delgado y más viejo. . .

Roberto - ¡Es curioso! ¡Tu madre también me dijo que estaba viejo y delgado. . .! (Con profundo dolor) ¡También

me desgarró el corazón y pisoteó mis ilusiones...!

José - Viste a mamá? Hablaste con ella?

Roberto - Ella me dijo dónde buscarte. Ojalá no me lo hubiese dicho. Tenía razón. Me ha hecho daño encontrarte. En la soledad de mi celda, nunca se me ocurrió pensar que además de tener sólo ilusiones, éstas eran también ingenuas.

José - ¡No comprendo!

Roberto - ¡Aquel viejo tenía razón! ¡La soledad es el infierno, igual que la desilusión! ¡Entre la gente es cuando más solo se está!

José - Qué viejo? No te pongas así, papá. Es que yo... , bueno, tú sabes como es la vida...

Roberto - (En voz baja) No, no sé nada. No entiendo nada porque yo siempre fui un hombre (Le da la espalda y comienza a alejarse. José corre tras él, pone una mano sobre su hombro, pero Roberto se evade y sigue caminando hacia el plano izquierdo, Al llegar al extremo, se oscurecen por completo los planos laterales y solamente se ve la figura débilmente iluminada de José, quien permanece de pie en el centro. Mira hacia donde se aleja su padre. Lentamente, la figura de José se va encogiendo, achicando, hasta caer al

suelo, subyugado por su conciencia, en un gesto de supremo pesar. Luego la oscuridad lo envuelve totalmente.)

(Con la escena a oscuras aún, el pensamiento de Roberto continúa resonando en el vacío.)

Pensamiento - "¡La tragedia más grande que puede sucederle a un padre, es saber que el sexo de su hijo distorsionó la balanza de la masculinidad! ¡Duele, duele con un dolor punzante y cruel que no tiene terapia posible! ¡Ni la muerte amortiguaría la fuerza destructiva de este golpe certero al orgullo...! ¡Sólo quedaba, como en lontananza, la silueta esquiva de una esperanza...! ¡Sólo Ileana podía salvarme! El mundo no me dió la razón al matar a mi socio por vengar el pudor de mi hija... Un pudor que ella negó haber perdido. Por qué mentiría Ileana? Vi a un hombre huir de su cuarto aquella noche. Me dijo, muy asustada, que un extraño había abusado de ella. Luego encontré la cédula de mi socio. Por eso fui a su casa y lo maté sin preguntarle nada. Pero, por qué negó todo Ileana, Dios mío? Por qué mintió el médico que la examinó? ¡No lo puedo comprender! A menos que... ¡Será posible, Dios santo?! No, ella me dijo que la habían violado. Yo mismo ví huir a mi socio...

Aunque, en realidad... , no pude verle la cara a ese hombre, corría por la calle velozmente, de espaldas... Ileana tampoco me dijo quién había sido su atacante. Será posible que no la llegara a deshonorar, que no se consumara aquello porque yo lo impedí al llegar a mi casa inesperadamente? Pero, entonces, por qué me dijo que la habían violado? Es posible que por el miedo o la confusión del momento, ella misma creyera entonces... Pero, por qué no confesó entonces su error en el juicio, después que el médico la encontró inviolada? Pudo haber rectificado su error, pudo haber dicho que fueron sus palabras y su apariencia aterrada, las que me impulsaron a ir a casa de mi socio y matarlo. Existe la posibilidad de que fuera otro hombre y no mi socio el que huyó de su cuarto y quizá la presencia de su cédula allí, se debiera a otra causa cualquiera. Sin embargo, Ileana negó ante los tribunales el hallazgo de la cédula por mí, ante sus propios ojos asustados aquella noche. Y eso no tiene justificación lógica. Estaba ahí, yo la recogí del suelo y por ese detalle supe que él había estado ahí, sólo por ese detalle... porque ella nunca pronunció su nombre... Dónde estará Ileana ahora? Pensará en

mí alguna vez? Qué causas pueden impulsar a una hija a callar la verdad en perjuicio de su padre? Todos creyeron que lo asesiné por razones de negocios. ¡Qué confusa es la vida! ¡Cuántas cosas que no comprendemos, se deslizan frente a nuestros ojos, sin forma propia! Mi única esperanza era hablar a Ileana, pedirle una explicación. Pero no la pude encontrar. Nadie sabía su paradero. ¡Con la búsqueda infructuosa de mi hija, se apagó para siempre la última ilusión que justificaba mi vida!

(ESCENA VII)

(Lo mismo que la escena II. Roberto se pasea nerviosamente de un lado al otro del cuarto en el hotelucho. Habla en voz alta)

Roberto - ¡Todo lo que me sucede son desgracias y más desgracias! La mala suerte va conmigo, persistentemente, como mi sombra. Pero, acaso no seré yo, y no mi mala suerte? Dónde estará mi hija? ¡Pobre Ileana! No habré sido injusto con ella? No me habré extremado en mi rencor y orgullo propio? (Pausa) ¡Qué decepción sufrí al saber que había nacido una niña. Solamente quería hijos varones. Ellos dan menos trabajos, son fuertes, producen para la casa y extienden el apellido. Cuando la enfermera me entregó la niña para que la cargara, odié aquel trocito de carne rosada y arrugada, y vislumbré un futuro lleno de calamidades y de gastos. Su madre estaba orgullosa. Yo casi dejé caer a la criatura al saber que era hembra. Aquel día casi no pude contener mi furia. Todos me felicitaban. ¡Cómo me costó fingir mi amargura y mi decepción! Le dije a mi mujer que no dependiera de mí para criarla. (Va hacia la mesita de noche, pone agua en el vaso y se la toma. Se sienta en la cama) Pasaron los años y la niña se desarrollaba como un junco. Realmente era muy bonita. Con

su gracia y su alegría llenaba la austeridad de la casa. Muchas veces, sin quererlo, me dejé influir por su delicadeza. Recuerdo cuando era nena y aprendía a caminar a pasitos torpes y caídas, venía hasta mi silla, como para decirme que ella quería triunfar. Muchas veces, viendo en Ileana al hijo que no tenía, la empujé fuera de mi despacho o la traté con rudeza. A veces, se quedaba en el umbral de la puerta de mi despacho, como si fuera un animalito temeroso. Había que ver la expresión desolada de sus ojitos vivarachos e inquietos. Debí haber sufrido mucho. Hasta los niños comprenden cuando son objeto de maltrato. Pero eso no lo sabía entonces. . . o no me importaba. (Va hacia la ventana imaginaria que da al público. Mira por ella hacia afuera, como hablándole a los espectadores, contándoles sus penas. Es casi como la imagen de un pecador, confesando sus pecados) Al pasar los años, siempre tuve regaños y quejas hacia ella. Siempre traté de controlar sus naturales impulsos femeninos. Quería llenar mi ilusión, a tal extremo, que le prohibía usar ropas femeninas en la casa. A los quince años, en el apogeo de su ilusión, la sorprendí leyendo

una de esas revistas de modas. Me acerqué a ella y le dije:

(Roberto calla y recuerda. Se escuchan voces grabadas que dialogan. El efecto debe ser de distancia o de eco. Una es la voz, un tanto más joven, de Roberto; la otra es de Ileana, su hija)

Voz de Roberto - "Tú eres una marimacha. No esperes que esas modas vayan a hacer resaltar la femeneidad de la cual careces."

Voz de Ileana - "Pero, papá, qué te pasa? Yo no te he hecho nada. Por qué me tratas así?"

Voz de Roberto - "Porque me da la gana. Yo soy el que manda en esta casa. Estás castigada."

Voz de Ileana - "Yo no hice nada. Por qué me castigas?"

Voz de Roberto - "Por contestarme. Vete a tu habitación y no salgas hasta que yo te diga."

(Roberto vuelve a hablar ante el público) No había razón para aquello. Pero quería descargar mi absurda frustración con una obstinación casi sadista. Nació mi hijo. Habían transcurrido cinco años desde el nacimiento de Ileana. Nadie sabrá nunca la alegría salvaje que sentí al saber que era varón. Ya podría olvidarme de Ileana completamente. ¡Que de esa se ocupara su madre! Dedicué mis fuerzas a José

Roberto. Ya tenía cinco años atrasada su vida .
En cuanto creciera, lo enviaría al mejor colegio.
En las vacaciones, a países de Europa donde po-
dría nutrirse de cultura. Le daría todo. Sería mi
mano derecha. ¡Oh, como soñaba con que creciera
pronto! Como lo mimé y lo consentí, mientras pa-
ra la pobre Ileana sólo tenía regaños y más regaños.
Su madre tuvo que rogarme miles de veces que si-
guiese pagándole las cuentas del colegio. Yo pensa-
ba que esos eran gastos inútiles. Para qué servía
una mujer educada, si al fin y al cabo vendría algún
hombre y la haría dar hijos al mundo? ¡Para eso
son las mujeres! Así razonaba. Llegó la época del
primer novio. Ya yo estaba preparado para eso. La
sorprendí con un vecinito en uno de esos momentos
románticos. Estaban en una fuente de soda, con las
manos cogidas y las miradas fundidas.

(Roberto calla y recuerda. Las voces del pasado vi-
bran en su mente)

Voz de Roberto - "Qué haces aquí, Ileana? Se supone que debes estar
en la casa estudiando. No te pago los estudios para
que andes perdiendo el tiempo con muchachos."

Voz de Ileana - "¡Pero yo... , papá...!"

Voz de Roberto - "Ya te oiré en casa. Ven conmigo."

Voz de Ileana - "¡No! ¡Me quedaré aquí!"

Voz de Roberto - "Vamos"

(Roberto continúa hablando)

Y le pegué una bofetada delante del muchacho y de la gente que estaba en aquel lugar. En cambio, a José Roberto, jamás le levanté la mano. ¡Qué ironía, qué pesar! ¡El no saber inclinar mi balanza a partes iguales, el haber extremado mis cuidados con uno y olvidado al otro, el haber puesto mi orgullo ridículo y mi absurdo amor propio en la médula de mis acciones de entonces! ¡Y pensar que esos cuidados y esos mimos que le dediqué a mi hijo, lo moldearon para lo que es ahora: un mari cón! ¡Ojalá le hubiese pegado alguna vez! ¡Ojalá me hubiese dado cuenta a tiempo de mi error, de mis injusticias, las cuales estoy pagando ahora! (Roberto calla y los pensamientos que giran en su mente rememoran voces, distorsionadas voces sin secuencia lógica, que le desgarran el corazón. Su rostro refleja este pesar)

Voz de marica - "Dígale a esta fresca que se vaya..."

Voz de mujer - "Oye muchacho, qué te pasa...?"

Voz de marica - "Fresca, atrevida, váyase inmediatamente".

Voz de mujer - "¡Vaya partida! ¡Y pensar que con toda mi experiencia me he equivocado".

Voz de marica - "Esas mujeres me sulfuran. No poseen ni un ápice de decencia."

Voz de Roberto- "¡Se siente una extraña mezcla de bohemia y tabaco!"

Voz de marica - "Como notará, hay marineros, prostitutas, vagos, gigolos, lesbianas, morfinómanos, homosexuales..."

Voz de Roberto- "¡Toda la escala de la infra-sociedad! ¡La sub-élite!"

Voz de marica - "Sencillamente somos distintos tipos humanos".

Voz de Roberto- "Son distintos tipos humanos no muy comunes en la vida diaria, diría yo."

Voz de marica - "Más comunes de lo que generalmente cree la gente."

Voz de Roberto- "¿Qué buscaría un pintor en un lugar como éste? No me diga que... inspiración?"

Voz de marica - "Aquí se reflejan vívidamente todas las pasiones, como los colores en un lienzo".

Voz de Roberto- "Se siente motivado?"

Voz de marica - "Todo depende de mi estado de animo... y de cómo me afecten las impresiones recibidas desde el exterior..."

Voz de Roberto- "Parece que no ha venido esta noche"

Voz de marica - "Es guapa? Para muchos resulta de gran importancia... Envanece el ego..."

Voz de Roberto - "¡Te juro que no entiendo una palabra de lo que dices!"

Voz de marica - "Mire que me voy a poner celoso"

Voz de Roberto - "Esta vez no cabe la menor duda. Eres uno... de esos"

Voz de marica - "No me catalogue. ¡Soy distinto. Soy distinto. Soy distinto!"

(Las voces resuenan cada vez más fuertemente de aquí en adelante, "in crescendo")

Voz de Roberto - "No me toques, marica asqueroso"

Voz de marica - "¡Papá no me hables así! ¡Soy tu hijo!"

Voz de Roberto - "No tengo hijo"

Voz de marica - "¡Papá... , no sufras más... no vale la pena!"

Voz de Roberto - "¡La soledad es el infierno, igual que la desilusión!"

Voz de marica - "¡Papá... papá... papá...!"

Voz de Roberto - "¡No tengo hijo! ¡No tengo hijo! ¡No tengo hijo...!"

(Roberto vuelve a la realidad, agarrándose la cabeza, gritando)

Roberto - ¡No tengo hijo! (Toma apresuradamente un poco de agua) ¡No tengo hijo! (Llora, se sofoca. Corre a la ventana imaginaria. Mira hacia afuera con intensidad, como tratando de absorber toda la vida que fluye en las gentes que pasan, en los sonidos que se escuchan

(de la calle), en los olores que penetran. Vive un instante de amalgamado éxtasis. Luego camina hacia el sillón y se deja caer)

Pensamiento - "Ileana... , Ileana... Dónde estarás ahora? Necesito hablarte. Eres mi única esperanza de encontrarme a mí mismo..."

(De pronto, el hilo de sus pensamientos es cortado bruscamente por varios golpes fuertes en la puerta. Roberto empuña su pistola. Está temblando. Se sienta en la cama.)

Detective (desde afuera) Abra la puerta, Arjona. Sabemos que está ahí. No puede escapar. El hotel está rodeado.

Pensamiento - "¡Tengo miedo! ¡No quiero morir todavía! ¡No quiero! ¡No comprendo lo que me pasa! Sólo sé que no quiero morir aún. Me falta una cosa por hacer en la vida. Debo hablar con mi hija antes de morir. ¡Fui un tonto en llamar a la policía!

Detective - Abra o rompemos la puerta.

Pensamiento - "¡No... , todo es inútil! Para qué seguir viviendo? Escapé para ver a mi familia y ya vi lo que son. No me queda nada... , excepto la esperanza de Ileana. En un tiempo se pensó que la luna era una lejana ilusión con la cual soñaba el hombre. Ya hoy se piensa

en ella como una cercana y asequible realidad. Pero la ciencia tiene tiempo, yo no. A mi me absorbe el círculo vicioso de un fatal absurdo. No, no vale la pena entregarme vivo. No podría soportar la cárcel otra vez. Quizá muriendo compense el absurdo. "

- Roberto - (Gritando) ¡No voy a salir! Tendrán que matarme! (Dispara varias veces contra la puerta. Desde afuera, la policía dispara, casi enseguida una ráfaga de ametralladora a través de la puerta. El impacto de las balas lo estremecen y cae hacia atrás, sobre la cama. Los policías derriban la puerta y entran. Hay cuatro policías y un detective)
- Detective - (Se acerca a Roberto y lo examina) ¡Está muy mal herido!
- Policía - (Examinando la pistola que yace sobre la cama) ¡Esta pistola sólo tiene salvas! ¡Este hombre ha disparado para obligarnos a matarlo!
- Detective - Sin embargo, es posible que el tipo que nos llamó para denunciar que éste estaba aquí, le haya jugado una mala pasada. Quizá alguien le dió salvas en vez de balas, con el fin de que lo matáramos.
- Policía - Tal vez.

- Detective - Este hombre está agonizando. (A otro policía)
Vaya a llamar una ambulancia, pronto. (Sale uno de los policías)
- Policía - Mire, capitán, está moviendo los labios. Parece que quiere decir algo.
- Detective - (Inclinándose sobre Roberto) Puede oirme?
- Roberto - ¡Sí... , sí...!
- Detective - Por qué disparó? Sabía que eran salvas?
- Roberto - Sí... , quería que me ... mataran.
- Detective - Pero... , por qué, Arjona?
- Roberto - No quería... vivir...
- Detective - No debió escapar. Sólo le faltaba un año para ser completamente libre.
- Roberto - La libertad... sin una razón... para vivir... es nada... Escapé para ver a mi familia... Pero sólo logré... desilusiones...
(Ileana aparece en la puerta, muy agitada. Es joven y bonita)
- Ileana - (A los policías que cuidan la puerta) ¡Déjenme pasar! ¡Soy su hija! ¡Quiero verlo! (Los policías se apartan. Ileana corre hasta el lecho y abraza a su padre) ¡Papá... , papaíto... , al fin te encuentro!
- Roberto - (Con los ojos muy abiertos) ¡Ileana... , hija! ¡Qué...

alegría volver a... verte.

- Ileana - Supe por la radio que habías escapado. José Roberto te siguió después que lo dejaste. Me avisó que estabas aquí.
- Roberto - ¡José Roberto...!
- Ileana - Quiere que trates de comprenderlo.
- Roberto - Me queda... poco tiempo. ¡Perdóname, hija...!
- Ileana - (Llorando) ¡Perdóname tú a mi, por haber mentido! He sido muy mala, papá, muy mala. Por mi culpa fuiste a la cárcel, arruinaste tu futuro y tu vida.
- Roberto - Por qué... lo hiciste?
- Ileana - Por resentimiento. Todo comenzó porque quería demostrarte que era una mujer independiente de tus caprichos. Por llevarte la contraria me hice novia de tu socio. No lo amaba. Pero el sólo pensamiento de que eso a ti podría causarte una profunda humillación, me impulsó a invitarlo a mi cuarto aquella noche. Iba a ser la primera vez. El mismo te había enviado a un viaje de negocios. Nunca llegó a poseerme, pues tú entraste a tiempo para evitarlo.
- Roberto - (Hablando con mucha dificultad) Ileana...yo... tengo... la culpa...

- Ileana - No hables ahora, papá. Escúchame. Sé que es importante para ti saber todo. Cuando te ví entrar, me sentí aterrada, pero te dije que había sido violada, a propósito. No se me ocurrió que encontrarías esa cédula. Mi intención no era hacerte cometer un crimen. Pero después, en el juicio, negué todo para hacerte sufrir, para castigarte, como tú lo hiciste conmigo siempre.
- Roberto - Podrás... perdonarme... algún... día?
- Ileana - (Llorando) Soy yo la que no merezco tu perdón...
- Roberto - Era lógico... que reaccionaras... así... contra mí...
- Ileana - (Llorando, apoya su cabeza contra el pecho de su padre) ¡Papá... papá... Por qué habré llegado tarde?
- Roberto - ¡Has... llegado... a tiempo...! Perdóname... antes... que... muera...
- Detective - (Al policía) ¡Este hombre se está desangrando! Por qué demora tanto la ambulancia?
- Ileana - Ya estás perdonado. Todos hemos sufrido. Tú más que nadie. Primero con mi nacimiento inesperado; después, cuando callé la verdad. Siempre me quedó el remordimiento, pero el temor a ser in-

culpado por perjurio, me impidió revelar que había mentido. Además, creía que tú habías matado a ese hombre solamente por tu orgullo personal, no por defender mi honra. Cuando supe que habías escapado, te busqué. ¡Necesitaba decirte que te mentí aquella noche... , suplicarte perdón...

(Rompe a llorar)

Roberto - ¡Te perdono...! (Con los ojos vidriosos, agonizante)
¡Llegué tarde... a muchas... cosas...! ¡Tu madre...!

Ileana - ¡No hables más, papá! ¡Te hace daño esforzarte!

Roberto - ¡José Roberto...!

Ileana - ¡Papá, no hables!

Roberto - ¡Pero... tú... volviste... a tiempo... a mí...!
¡Ahora... que... quisiera... poder... vivir..., no... puedo...!

Ileana - ¡Si puedes...! ¡Vivirás!

Roberto - ¡Es tarde...! ¡Cuando... se... rompe... la luna...

Ileana - (Grita) ¡Papá...!

(Llegan varios enfermeros y un médico, con una camilla. Se acercan a la cama.)

Roberto - (Cerrando los ojos)... es ... difícil... reunir... los...
(Breve pausa) frag... men... tos... (Muere)

Ileana - (Solloza desconsoladamente) ¡Papá... papá...!

TELON